

yeso en la cual el polvo blanco todo lo cubre, casas, árboles, caminos y rostros de los obreros. Esos peñascos, que entre Viviers y Chateaufort encierran al Ródano en un desfiladero, forman parte de una cadena de arrecifes coralígenos que desde Grenoble á las Garíques del Bajo Langüedoc oprime en forma semi anular el borde oriental de la Cordillera. Estos arrecifes, merced á su dureza, han resistido mejor que las partes margosas entre ellos intercaladas, y forman la osamenta de la región, las paredes de las brillantes escarpas por entre las cuales corre el río hacia Chateaufort, Viviers y Donzere. Este pasaje, notable desde el punto de vista así del clima como de la estructura, es definitivamente la puerta del Mediodía.

El valle del Ródano se parece, pues, muy poco á esos valles de pendiente continua y regular, es decir, á las formaciones que generalmente van unidas á este nombre, y se compone de una serie de rellanos que se suceden bruscamente y están unidos por barrancos, y ora se ensancha hasta perderse de vista, ora se reduce, como en Vienne, á un circo que oprime al río, ora finalmente no es sino una angosta brecha al través de una faja calcárea que cierra el valle. Y es que, en efecto, el curso del Ródano señala las etapas del pasaje crítico al través de esta zona plegada y atormentada de la Cuenca mediterránea, cuyo suelo permaneció en movimiento durante toda la época terciaria.

En la actualidad parecen completamente extinguidos los regolfos que afectaron al valle, los mismos volcanes cuyas lavas llegaron hasta la orilla del río, dejando en ella como testimonio el peñasco de *Rochemaure*, en suma, todas las energías del pasado. Y sin embargo, una hay que todavía trabaja con fuerza apenas amortiguada, la erosión, que, exasperada por la violencia del clima y por el bajo nivel del valle, obra especialmente sobre la ladera que la Cordillera central le oprime, habiendo abierto en ella circos y escarpes de más de 600 metros y cavado entre delgadas paredes profundos valles. Cuando en estos circos se precipitan durante el otoño las borrascas del Sudeste, prodúcense diluvios que todo lo devastan: así el día 10 de septiembre de 1857, después de una crecida del Doux y del Erioux, el Ródano, en Pouzin, «presentaba de una á otra orilla una masa de maderas tan compacta que con un poco de audacia se habría podido atravesar el río á pie (1).»

La escultura de la montaña ha trazado los cuadros naturales en donde se establecieron pequeñas sociedades individualizadas. Si, cerca de Tournón ó de Lavoulte, penetramos en una de esas anfractuosidades por las que se descargan de cuando en cuando tales cataclismos, no encontramos al pronto más que agrestes escarpes, en el fondo de los cuales el río no es, en verano, sino un rosario de charcas tranquilas entre las que se deslizan algunos lípidos hilos de agua; mansedumbre hipócrita que desmienten algunos árboles tumbados á trechos sobre los guijarros. Pero, á medida que nos elevamos, á las rampas desgarradas suceden cuencas en forma de anfiteatro, cultivadas en graderías, en donde algunas pequeñas ciudades fortificadas atestiguan la

(1) *Annales des Ponts et Chaussées*, cuarta serie, tomo I, 1861, pág. 5 (*Rapport sur les inondations du département de l'Ardeche*).

presencia de una vida histórica. Estas graderías se escalonan sobre todo á la altura aproximada de 400 metros (2) y allí los cultivos de viñedos y de frutales confinan con la zona de castañares, los cuales siguen sufriendo y durante 300 metros envuelven casi solos con sus frondosas copas las cumbres, cada vez más redondeadas, de la montaña. Hacia los 800 metros, los castañares son reemplazados por los pasturajes, interrumpidos por pequeños bosques de abetos y de abedules. De modo que las zonas se escalonan en las laderas rebajadas de la montaña. En los cultivos dispuestos en gradas y en los canalizos ingeniosamente distribuidos, se advierte un cuidado minucioso que indica la existencia de una población durante largo tiempo replegada en su tierra natal y obligada á sacar de ella su sustento.

Tal fué, en efecto, la comarca que con el nombre de *Boutiere* ha tenido, entre el Monte Pilato y el Tanargue, una vida autónoma, en lo cual se parece al pasadizo del Vivarais y á los valles profundos que las fuerzas vivas de la erosión abrieron más lejos hacia el Sur, entre el Tanargue y el Aigonal, en los esquistos y que son el país cevenés por excelencia. Así, pues, por todas partes, en los repliegues de las cordilleras se dibuja el marco de una vida cantonal análoga á la del Apenino, del Píndaro, del mismo Atlas, en una palabra, del cinturón montañoso del Mediterráneo.

No obstante, al través de todos estos cambios de aspecto, entre estas comarcas alpinas, vivaresas y cevenesas, corre el gran río histórico, su lazo de unión común. Cuanto más se avanza hacia el Mediodía, tanto más se acentúa el contraste entre la roca y la llanura. Esta última tiene los sauces, los álamos, los mimbrerales entre las aguas vivas, y únicamente un inusitado vigor de lianas, de clemátides, de cañas que se observa en las islas del río ó en los aguazales de desbordamiento, atestigua la acción de un sol más poderoso. Las rocas, cada vez más descarnadas, circuyen las cuencas que el río atraviesa ó asoman bruscamente por encima del aluvión; en ellas han anidado ciudades, burgos, castillos fortificados y en sus vertientes se alzan aldeas de casas casi sin ventanas y amontonadas, viejas pequeñas ciudades de calles pedregosas y empinadas, ruinas de fuertes, amarillas y que amenazan desmoronarse como las rocas mismas. Pero el río con su verdosa corriente enlaza algunas espesuras de vegetación, y poco á poco casitas de adobes, casi chozas, diseminadas entre huertos, se aventuraron en el aluvión y se atrevieron á apartarse de las vertientes rocosas y de las antiguas terrazas fluviales. Allí se agrupan los cultivos protegidos por empalizadas de cañas y de cipreses que el mistral dobla, y se ve correr el agua viva en canalizos; es el valle que vive de su propia vida entre las diversas comarcas que lo rodean.

Este contraste es también un signo de nuevas regiones que comienzan. La civilización del Mediterráneo se desarrolló bajo la influencia de un contacto íntimo entre dos cosas que en ninguna parte engendran más diferencias sociales, porque en ninguna son más opuestas

(2) La Mastre, 386 metros; Desaignes, 429; el Cheylard, 432 (véanse las figuras de las págs. xciii y xcvi).

y contiguas: la montaña y la llanura. Es lo que Estrabón expresaba hablando de la yuxtaposición del elemento agrícola y político y del elemento guerrero (1). Esta yuxtaposición de la vida cantonal y de la vida urbana, del exceso de sencillez y del exceso de refinamiento es uno de los contrastes duros en que tanto abunda la región del Mediterráneo, uno de esos contrastes que son fuente de una porción de relaciones. Entre el Vivarais y el valle del Ródano, entre los Cevenas y el Bajo Langüedoc existen desde tiempo inmemorial relaciones que recuerdan las que se transmiten desde los Apeninos al Lacio, desde los Abruzzos á la Pulla. Un movimiento en cierto modo rítmico determina la vida mediterránea con arreglo á las condiciones tan marcadas de relieve y de clima; desde la montaña á la llanura y viceversa, cambian de lugar los rebaños según las estaciones salvando grandes distancias, y asimismo nos ofrece la historia un aflujo continuo de población que va de la montaña ruda y pobre á la llanura para infundir en ésta nueva vida y reemplazar todo lo que el exceso de civilización no tarda en devorar en las grandes ciudades de la costa. Pero la montaña devuelve cada invierno á la llanura los rebaños que ésta le enviara, al paso que la llanura no devuelve á la montaña las fuerzas humanas que de ella recibe.

## II

## LA CORDILLERA CENTRAL

## CAPÍTULO PRIMERO

## EL CONJUNTO DE LA CORDILLERA CENTRAL

Entre las llanuras del centro y las del Sur de Francia se interpone, desde Lyon hasta Limoges, un grupo de tierras altas que se denomina actualmente Cordillera ó Meseta central. Conociábase desde hace mucho tiempo en la historia con los nombres de Limosín, Auvernia, Montañas de Auvernia, Velay, Rouergue, Gevaudan, etc., y así por su latitud como por su idioma, su civilización y su derecho pertenece más bien al Mediodía de nuestro país. Su participación en la llamada civilización provenzal fué activa y brillante: hogar de habitantes tenaces, ambiciosos de funciones públicas y fáciles á la emigración, esta región era apta para ejercer influencia en torno suyo, y en efecto la ejerció. Si el Mediodía de Francia, por la Iglesia, por las costumbres administrativas ó jurídicas, ó por otros medios, ha dejado sentir una acción vigorosa sobre nuestros destinos generales, débese esto principalmente á las poblaciones de la Cordillera, pues sin ellas esta acción no habría sido ni tan perseverante ni tan enérgica. Las influencias meridionales se consolidaron en este Mediodía robusto y montañoso, y las costumbres tradicionales que el Mediodía heredara más directamente que el Norte dispusieron de una palanca gracias á la cual gravitaron con mayor pesadumbre. Estamos, pues, en presencia de

(1) Estrabón (II, V, 26) dice, hablando del mundo mediterráneo: *ὅστε πανταχοῦ καὶ τὸ γεωργικὸν καὶ τὸ πολιτικὸν καὶ τὸ μάχιμον παρακίεσθαι.*

un conjunto tan digno de la atención de los historiadores como de la de los geólogos.

En la información acerca del pasado de la Tierra, el estudio de la Cordillera central constituye un capítulo casi tan fecundo en enseñanzas como el de los Alpes. El estudio de aquélla no data de más antiguo que el de éstos, habiéndose iniciado á mediados del siglo xviii con Guettard, quien en la Memoria que en 1752 dirigía á la Academia de Ciencias y que tiene el interés de una fecha científica, señalaba, sin sospechar que sus afirmaciones quedaban aún debajo de la realidad, la existencia en Auvernia de montañas que habían sido volcanes «tal vez tan terribles como los de que hoy se habla.» Posteriormente Dufrenoy y Elías de Beaumont, sobre todo el primero, determinaron los rasgos esenciales de la estructura. Después de ellos, faltaba no sólo introducir las rectificaciones que debía naturalmente imponer un estudio más detallado, sino además enlazar la historia geológica de la Cordillera central con la de una parte de Europa que efectivamente con ella se relaciona, y este ha sido el resultado de los estudios combinados en los últimos treinta años en Francia y en las regiones vecinas. La Cordillera central ha sido reconocida como uno de los principales eslabones de una serie de cordilleras análogas (2), y es entre los Vosgos y la Armórica el lazo de unión interrumpido, aunque visible, de cordilleras que en los tiempos primarios cruzaron la Europa occidental. Tal como la han modelado los accidentes de diferentes edades, es una masa en parte destruída en la que se han hundido vastos compartimientos, es un fragmento, enorme es verdad, de rocas arqueas.

De aquí su configuración irregular y cortada: partida por la fractura central en donde se estableció la corriente del Allier, despéjase ampliamente hacia el Norte, y entre el Lyonnais y el Morván queda reducida á una orla al través de la cual han podido establecerse muchos parajes entre el Saona y el Loira. Hacia el Sudeste, en donde su talud sobrealzado se levanta bruscamente, está descantillada por recortaduras parecidas á articulaciones litorales practicadas por la erosión en las rocas de la época hullera gracias á la menor resistencia de éstas. Por todas partes está la Cordillera en contacto íntimo con las regiones contiguas y por esto su periferia nos ofrece bastante á menudo el espectáculo de partes que se han combinado históricamente con las partes adyacentes, como por ejemplo, el Bourbonnais, el Beaujolais, el Vivarais, la Rouergue, etc. Además carece de esta especie de unidad que la Bohemia, otro fragmento de la antigua cordillera, debe á la existencia de un canal único por el cual se escurren las aguas, pues los ríos de la Cordillera central se dispersan hacia todos los ámbitos del horizonte.

Esto no obstante, este nombre de Cordillera central, de creación científica como todos los nombres genéricos, representa un conjunto en el cual los caracteres comunes prevalecen sobre las diferencias. Este conjunto (unos 80.000 kilómetros cuadrados) es mayor que la sexta parte de Francia y toca á Lyon, se aproxima á Tolosa y se extiende hacia Burdeos y Bourges; y sin

(2) Véase el mapa de la pág. v.

embargo, en todo este espacio la mirada descubre fácilmente afinidades de suelo, de hidrografía, de vegetación. Su talud oriental, que separa sensiblemente los climas, ha dado lugar a una de las generalizaciones más antiguas que acerca de Francia se han formulado, ó sea la extensión hasta Lyon del nombre local de Cevenas (1). Al Sur, el límite de la Cordillera hállase indicado por oscuras líneas de montañas bajas y anchas que cierran el horizonte en Castres, Figeac y Brive. Al Norte y al Oeste la transición es más suave, pero aun siendo poco sensible el cambio de relieve, la vegetación, el aspecto y la tonalidad más oscura del paisaje son indicios con frecuencia recogidos por el lenguaje popular. Entramos en las «tierras frías,» en el dominio de los helechos, de los brezos, de los juncos, de las digitales, de la circulación difusa de las aguas, de las razas animales de pequeña osamenta, por falta de fosfato de cal, pero rústicos y vigorosos. Este fondo común se caracteriza por rasgos bastante fuertes para que entre el Nontronnais y el Sidobre, por ejemplo, situados el uno al extremo Oeste y el otro al extremo Sur de la Cordillera, exista mayor semejanza, á pesar de los 250 kilómetros que los separan, que entre cada uno de ellos y las comarcas exteriores inmediatamente contiguas.

La naturaleza de las rocas es la que reproduce los mismos aspectos. El basamento arqueo, formado de gneiss y de micasquitos, desarróllase en amplias mesetas «cubiertas de pequeños árboles y de grandes matorrales» y rajados por barrancos profundos. Las entrañas de la tierra parecen abrirse en la grieta por donde corre el Truyere y que cruza el gigantesco viaducto de Garabit; y el Lot, más abajo de Entraigues, y el Vezere, hacia Uzerche, se retuercen en el fondo de gargantas tan inhospitalarias como las que tan inútilmente para el hombre abren los ríos de la Meseta ibérica. Las partes graníticas se presentan en eminencias ó en onduladas mesetas, sembradas á menudo de bloques redondeados y salpicadas de arena gruesa; los ríos, próximos á sus fuentes, recortan muy ligeramente sus meandros entre terrenos esponjosos y algunos se ocultan enteramente bajo los bloques, debajo de los cuales se oye rugir su corriente. Más áspero, por el contrario, es el relieve que una parte de los montes del Forez debe al pórfido, cuyas erupciones, al final de los tiempos primarios, se difundieron por el Forez, el Beaujolais y el Morván.

Pero todas estas cimas están gastadas, embotadas, reducidas á un nivel tangente á un plano algo inclinado y ostentan las señales del desgaste experimentado durante el período extremadamente largo en que la Cordillera, exceptuando algunas porciones, permaneció sumergida. El descenso general del nivel había sido tan grande, que cuando el mar invadió la Cuenca parisien se hasta el Sur de París, varios lagos invadieron una parte de la superficie de la Cordillera. Hoy en día aun se encuentran estos vestigios lacustres, pero cortados, fraccionados, llevados á muy desiguales alturas, porque hasta después de su depósito no vino á rejuvenecer el relieve de una parte de la Cordillera un despertamiento de las fuerzas orogénicas contemporáneo de las convulsiones alpinas. Entonces, en la armazón nuevamente

(1) Estrabón, IV, I, 1.

dislocada, alzaronse montes enteros, algunos como el Mont-Lozere, hasta 1.700 metros; no tardaron en abrirse respiraderos volcánicos, y la actividad subterránea, con intermitencias, pero durante un período inmenso, colocó sobre el zócalo, ya modificado, verdaderas montañas, hizo surgir en la superficie multitud de terroneros ó picos de color rojo y cubrió de negras oleadas de lava las laderas de las colinas. Desde aquel momento quedó definitivamente fijada la fisonomía de la Cordillera, porque las erupciones volcánicas nos conducen hasta los umbrales del período actual y todavía duraban cuando empieza á comprobarse la presencia del hombre.

De este modo hubo más variedad de suelo y de relieve y se introdujeron principios de vida nueva; sin embargo, la renovación no fué más que parcial y por esto en grandes extensiones lo que domina es el suelo incompleto, desprovisto de caliza, pobre y frío que la descomposición de las rocas primitivas engendra: arena de grano grueso, arcilla roja feldespática, ó esa capa ácida, humus incompletamente formado, que se denomina *tierra de brezo*, tan ligera y tan friable que apenas pueden las plantas arraigar en ella. Lo que caracteriza la hidrografía, salvo en la parte volcánica ó en las Causas, es la difusión fraccionada, la circulación en delgados hilos de agua, la multiplicidad de pequeñas fuentes casi en todos los niveles.

El clima, con sus rudezas y sus caprichos, presenta tipos bastante distintos según la altitud y la posición. En las partes elevadas del Sur y del Este, la persistencia de la capa de nieve hasta el mes de mayo, el retraso de la primavera y sus temperaturas relativamente bajas, son caracteres propios del clima de montañas. Con frecuencia las capas frías del aire se amontonan y con las calmas atmosféricas del invierno permanecen estacionadas encima de las llanuras rodeadas casi enteramente de montañas, pudiendo suceder, en virtud de este fenómeno de inversión de temperaturas tan conocido en los Alpes, que en Clermont, á 388 metros de altitud solamente, reine un frío más intenso que en el pico del Puy de Dome. De todos modos, la primavera es tardía, aun en las llanuras, y la vid no florece hasta el 11 de abril, casi como en Lorena; pero en cambio, hermosos otoños completan la obra de veranos muy cálidos haciendo madurar los viñedos y los frutales.

En el Oeste, el invierno es menos riguroso y la primavera se deja sentir en Limoges, por lo menos siete días antes que en Clermont; las heladas tardías son menos de temer, y por consiguiente el alforfón, planta de clima oceánico tanto como de terreno silicoso, ocupa un lugar importante. Pero á partir de octubre las lluvias y las nieblas imperan en la región, y las altas cumbres lemosinas, soledades sin árboles oscurecidas por un manto de pequeños brezos, vélanse de tristeza bajo las espesas brumas que las invaden.

En estas zonas elevadas, ni siquiera en las situadas á más de 300 metros, no pueden prosperar los alegres castañares, compañeros de la vid y de las plantas meridionales. En otro tiempo, este cultivo que alimenta á los montañeses del Sur de Europa formaba como un cinturón continuo alrededor del núcleo de la Cordillera; pero actualmente tiende á fraccionarse y á reducirse. Sin embargo, todavía guarnece las terrazas del Vivaraís

y de los Cevenas, da á las praderas lemosinas un aspecto de parque y en otros sitios se conserva en pequeños grupos diseminados de las márgenes de los barrancos, demasiado abruptas para admitir otra clase de cultivo. A pesar de los cambios de hábito que han privado á este árbol de una parte de su importancia humana, es significativo el hecho de que aparezca tan á menudo en troncos seculares cerca de las casas de los

más que un accesorio en la fisonomía de la Cordillera central, pues los cultivos de gran resistencia que tienen el privilegio de realizar pronto su ciclo, como la cebada y el centeno, se han extendido más allá del límite de 700 metros. El pasturaje ha contribuido todavía más á destruir los bosques de las regiones superiores. Cuando las condiciones del suelo, favorecidas por la humedad del clima y aumentadas por los riegos, han podido



La comarca cevenesa corresponde á los valles profundos que cortan la Cordillera central al Sudeste. El volcanismo que ha transformado el Velay y la mayor parte de la Auvernia cesa más allá de la depresión que siguen el Dordoña y el Sioule. Las mesetas lemosinas tienen todavía más de 900 metros de altitud, pero ésta, en Limoges, desciende á menos de 300.

aldeanos, en donde muéstrase tan fiel como el pequeño huerto ó «el prado de detrás de la granja,» formando como éstos parte de los elementos esenciales de la vida rural, tal como la practica el pequeño propietario ó *pagés*. La ocupación del suelo encontró ciertamente en él un poderoso auxiliar, y como las antiguas relaciones dejan una huella duradera, puede comprobarse, aún hoy en día, que la zona de los castañares, que en el Vivaraís y en los Cevenas se extiende desde los 400 á más de 700 metros aproximadamente, corresponde á una densidad de poblaciones manifiestamente superior.

Dadas las analogías con las montañas de la misma altura de la Europa occidental, parecería lógico que encima de esta zona media se desarrollara el bosque y que por consiguiente el haya, el serbal, el abedul y el abeto plateado fueran los árboles que sucediesen al castaño en el sentido de la altitud. Así fué, sin duda, antiguamente, pero en la actualidad el bosque no es

transformar los pasturajes en alfombras de hierba, como en algunos puntos del Velay, del Aubrac y del Cantal, no se echa de menos ciertamente el bosque; pero las más de las veces éste no ha tenido más heredero que el erial, ese yermo de la Cordillera central que no es la *garigue* del Mediterráneo, sino una espesura de helechos, brezos, hiniestas y juncos. Los grupos de estas plantas tenaces cubren el suelo de maleza, se agarran á la tierra y presentan al desnudo sus raíces en las zanjas de los caminos hondos.

Estas circunstancias nos llevan á comprobar en la Cordillera central la huella de una larga ocupación del hombre, este gran destructor de bosques. Esta región presenta, á su modo, los mismos estigmas de las viejas regiones históricas que circundan el Mediterráneo, si bien los estragos no han alcanzado el mismo grado que en ciertas comarcas de este litoral y aun de nuestros Pirineos ó de nuestros Alpes, gracias á que la suavidad